

CLARA CAMPOAMOR, LA PRIMERA MUJER QUE HARLÓ EN LAS CORTES Y EN LA SOCIEDAD DE NACIONES

NUNCA oculté—ocultamos—un pensamiento libre sobre lo bueno y lo malo que la República o, mejor aún, el Gobierno de la República, ha traído.

Y posiblemente lo más específico y loable del nuevo régimen es la incorporación de la mujer a la vida pública de la política, con marchamo de oficialidad.

En efecto: todo cuanto considerara reconocimiento oficial—Cámaras, cátedras universitarias, Academias—estuvo siempre cerrado para la mujer española.

En España hemos tenido, sobre tanta injusticia, nombres relegados del espaldarazo oficial con manifiesta arbitrariedad mantenida. Tales, por ejemplo, como el de Rosalía de Castro, como el de la condesa de Pardo Bazán—estigma éste que nunca borrará de su historia la Academia—, como el de Concha Espina, como el de *Colombine*.

Y esto, ¿por qué? Primero, tal vez, por una formación de criterio racial que siempre ha negado importancia mental, capacidad de intervenir en la vida pública a la mujer. Segundo, porque tal vez el feminismo nunca estuvo organizado de un modo inteligente y agradable en España. Esto también es verdad. Ha sido la individualidad de cada mujer, aislada, y no la colectividad la que planteó siempre en nuestro país el pleito personal de sus aspiraciones, de sus derechos.

La República, al acordarse de algunas mujeres, ha dado un impulso al feminismo que el feminismo nunca supo lograr en España por su falta de simpatía ambiente, por situar mal sus problemas, por olvidar el auténtico sentido colaborador de la mujer en la vida del hombre, pretendiendo una inhábil competencia, un agrio anhelo rencoroso sin belleza y sin cordialidad.

Clara Campoamor ha sido una de las mujeres a quienes la República ha ratificado una confianza, un crédito bien ganado por ella antes de ahora, con la abogacía y la pluma, con la palabra y la firme convicción de sus ideales.

10.008. Este es su teléfono. Yo recuerdo que la he llamado muchas veces con diferentes pretextos periodísticos. Una vez eran sus gestiones en la Junta del Ateneo. Otra, una actuación brillante en el foro. Otra, una encendida campaña social. Algunas veces fui a su despacho de la Plaza del Príncipe Alfonso. Me gustaba verla tan enérgica, tan decidida, tan abierta a los vientos fuertes que parecían haberla curtido por fuera y por dentro.

En su pequeño despacho, atestado de libros, Clara Campoamor me sorprendió muchas veces—a mí, que iba a sorprenderla, con el lápiz afilado de las entrevistas—con su ágil pensamiento, con una siempre interesada apetencia por el trabajo, el ver y comprender diáfananamente, el combatir en buena lid con un entusiasmo, con una euforia sorprendente.

—Usted—la decía yo

—lleva mucho ganado para su triunfo con no ser la mujer de ningún intelectual. Las mujeres de los intelectuales, cuando se lanzan al feminismo, son casi tan pesadas y tan pueriles a la vez como sus ilustres maridos.

Clara se ríe. Tenía una risa franca y se enfrentaba con los grandes problemas vitales con un ánimo, con un franco deseo de vencer alegre y casi deportivo.

Pasó algún tiempo, vino el cambio de régimen y no la volví a encontrar. Hoy, el nombre de Clara Campoamor tiene una actualidad internacional que bien merece este recuerdo, este breve apunte a pluma.

Ha sido ella la primera mujer que habló en la Cámara de los diputados, efemérides conmovedora en la historia parlamentaria. Su nombre sólo con esto alcanzaría la posteridad anecdótica, la glosa de un comentarista futuro. ¡La primera mujer que habló en el Congreso como diputado de la Nación!... Bien claramente se ve el tema de un reportaje curio-

En los escanios del Congreso de los Diputados se ha oído por primera vez la palabra de una mujer. Y esta mujer ha sido Clara Campoamor, viva, rápida, gesto y acento de la mujer de nuestros días, que lucha por la defensa de sus derechos, por el imperio de sus ideales

so en 1980. ¿Quién fué en su vida privada esta mujer de 1931, en la que por primera vez hablaban las mujeres españolas en las Cámaras? «Su vida—dirá el periodista de 1980—fué toda acción, movilidad generosa, duro acento que no supo desmayar. Acompañaba a sus palabras un ademán no desprovisto de encanto, aunque fuera poco femenino, para el concepto que entonces se tenía de la feminidad. Con frecuencia su espíritu era zumbón, alegre, y el concepto que de las cosas tenía estaba batido y formado por vientos liberales y emancipadores del prejuicio.»

También a ella le ha correspondido ser la primera española que ha pronunciado un discurso en la Sociedad de Naciones.

Baluarte son éstos que parecían inaccesibles para la mujer, y que Clara Campoamor los ha tomado para prestigio de España, porque España, cuando pretenden unos balkanizarla y otros la precipitan en una ruina por inconsciencia y egoísmo de poder, se internacionaliza, se asoma a Europa, lleva a los grandes equipos mundiales sus figuras femeninas, incorporándose así a la marcha, al ritmo del siglo. Una batalla le queda aquí por ganar a la mujer, de las batallas aparentes, externas: la de las Academias. Y muchas aún de las batallas que con ellas mismas han de librar todavía. Una de éstas, tal vez la más importante, la de la propia estimación.

C. G.-R.

